

De la práctica. La transferencia y sus efectos

Myrta Casas de Pereda¹

“el campo del cuerpo propio (es) el campo narcisista”

*“No solo del pan de la buena voluntad del Otro
tiene que alimentarse el sujeto primitivo sino,
aunque parezca imposible,
del cuerpo de aquel que lo alimenta”*

J. Lacan, 1960-61.

*“El vocabulario bien puede distinguir entre matices
del significado, pero las palabras nos fallan
cuando nos enfrentamos a las tonalidades infinitas
de la voz, que exceden infinitamente al significado...
ante la voz, la palabra falla de manera estructural”*

M. Dolar, 2006.

Introducción

En psicoanálisis sabemos que la realidad no es sino subjetiva, y que la realidad objetiva es una ficción similar a la distancia entre cuerpo real y cuerpo simbólico, que no es más que un signo que indica a su vez, conjunción-disyunción; todo lo cual señala el

¹ Miembro Titular de APU. Rivera 2516 - C.P. 11300 Montevideo –
E mail: mcasaspereda@adinet.com.uy

tembladeral de incertidumbre que puebla todo acontecimiento psíquico.

Es desde el registro significante que se organiza la singularidad subjetiva de cada quien. Registro que implica una trama donde la pérdida constituye símbolo, en Freud ‘das Ding’, en Lacan objeto ‘a’. Pérdida que sostiene toda posible representación, todo significante.

Presencia y ausencia, entonces, que dan pie a la organización subjetiva y que contiene un grado de no representable inherente a la escritura misma.

A su vez, presencia y ausencia son elocuentes de nuestro modo de percibir, de nuestro modo de sentir (percepción, sentidos), y constituyen a su vez, un par ineludible que nutre la metáfora. Sustituir, entonces, sustitución, verbo y acto allí implicados, donde el símbolo cobra consistencia psíquica. Opacidad constitutiva, constituyente del sujeto inconsciente cuyos efectos escuchamos en el discurso, cuerpo y palabra, habitados por el deseo inconsciente que emerge en las diversas formaciones del inconsciente.

Cuerpo-mente, binomio inseparable así como es inseparable teoría y clínica, es decir, praxis.

La praxis psicoanalítica “*es una operación de lo simbólico sobre lo real, donde está en acto una lógica y una ética*”, nos proponía hace años Raúl Sciarreta (1988). Nuestra así llamada ‘clínica psicoanalítica’, en realidad surge como una primera teoría de la praxis, sostenida en la función de la transferencia en la puesta en escena de la sesión psicoanalítica. Nuestro quehacer consiste en un trabajo de construcción y deconstrucción, de simbolización y desimbolización, cuyo objeto implícito, que otorga la especificidad de nuestra tarea, es el **trabajo** de lo inconsciente. Ya tempranamente Freud (1900) nos alertaba acerca de que el sueño no es el inconsciente en sí, sino que señala el trabajo del deseo inconsciente.

Al hablar de praxis psicoanalítica, nos referimos no solamente a la clínica, sino a la teoría implícita en nuestra tarea. Subrayar o anteponer la clínica para quedar ‘a salvo’ de la teoría, de los

teóricos, en realidad es un paso en falso que concierne a lo indecible de lo verdadero. Desde ya que lo opuesto, soslayar el sufrimiento de la puesta en escena de transferencia y sustituirlo en una teoría exenta de lo verdadero, constituye también, en las antípodas, un paso en falso.

No existe teoría psicoanalítica sin praxis y la praxis es una 'puesta en escena', es decir un concepto encarnado en la transferencia analítica. Por ello el intercambio o la escucha de un trabajo de análisis donde el analista se pone en juego a través de su experiencia transferencial, da cuenta de una ubicación singular de ese analista, diferente a su vez, con cada uno de sus pacientes. El analista responde desde su lugar de analista a la transferencia del paciente. Esto desde luego implica, como lo subraya Sciarreta, la posibilidad de transferencias entre oyente y hablante. Lo cual también acontece cuando intercambiamos experiencias con colegas desde los singulares efectos de la transferencia. Verdadera tarea de transmisión del psicoanálisis, siempre con efectos en el grupo de pertenencia, sus beneficios y sus riesgos.

En este sentido conviene desde ya circunscribir en lo posible las identificaciones que allí acontecen, en el sentido de privilegiar identificaciones con propuestas teóricas y su debate, que nos pone en resguardo, aunque sea parcialmente, de las identificaciones con el autor.

El deseo del analista y el duelo

Ahora es necesario introducir un desvío operativo a nuestro tema, pues, como citaba en el epígrafe, "*el campo del cuerpo propio (es) el campo narcisista...*" (Lacan 1960-61 p.422).

De la lectura de Abraham y Freud que realiza Lacan en dicho seminario, se desprende la idea de que toda posibilidad de investimento, ya sea del cuerpo propio como de los objetos, depende de los **avatares del narcisismo**. El siguiente paso en la reflexión apunta a poder pensar acerca de la índole del deseo que, entramado en los significantes constitutivos, emerge desde dicho

investimento narcisista. Es esta la vuelta necesaria de Lacan para afirmar que el deseo del psicoanalista se formaliza como duelo, es decir, en términos de la operación de privación (Lacan 1960-61, 1962-63, 1967).

El duelo para Lacan, es subsidiario de la privación, un modo particular de falta de objeto, falta en lo real de algo que nunca existió (como el pene en la mujer). Renuncia narcisista que configura entonces, una pérdida simbólica. Preámbulo que nos introduce en el modo peculiar de la función analítica afirmándose en una posición de sustracción: la de un saber absoluto o total que preside la atención flotante. Sustracción de una posición ilusoria, donde el narcisismo echa raíces.

El analista necesita “*dejar de lado saber que es su presencia en el acto analítico lo que causa el proceso*” (Lacan 1967-68). Ello queda incluido en la atención flotante que lo conduce a ese algo de lo inconsciente del paciente que emerge en los síntomas y ahora en el despliegue de su discurso en transferencia.

El posicionamiento analítico afirmado en el ‘deseo del analista’ (Lacan 1960-61, 1964, 1967-68), implica el reconocimiento de un duelo. Duelo en el analista que alude al eterno trabajo sobre los límites propios. El narcisismo no elaborado del analista es el mayor impedimento para la emergencia y posicionamiento analítico del ‘deseo del analista’. Aceptar la creencia transitoria de un saber supuesto y salir de ella todas las veces comporta un trabajo sobre la castración donde el narcisismo juega roles centrales.

La puesta en acto que constituye todo análisis implica y convoca al significante, a su emergencia en escena, actualizando la historia sintomática del analizando en la transferencia donde se suceden articulaciones y desarticulaciones significantes que ofrece la palabra o el silencio del analista, todo lo cual constituye dos posiciones subjetivas muy diferentes, que hacen precisamente a la especificidad de nuestra tarea.

Ello no significa que seamos ajenos al dolor, sufrimiento o goce del síntoma, sino que por el contrario, lo reconocemos desde nuestra experiencia personal de análisis. Pero el sujeto que allí

emerge desde el discurso del analizando, no se dirige a nuestra subjetividad inconsciente (de la cual estamos separados irremediabilmente) sino a un objeto que allí se configura, nuestro 'deseo de analista'. Lugar de "*nuestra exclusión*" llamaba Nasio a la personificación del lugar del analista (Nasio, 1994).

Nuestra escucha privilegia la idea de posibilitar lazos entre significantes, pues es el significante del síntoma o del dolor el que se actualiza, y al hacerlo se constituye en otro diferente del que fue; tarea propia de la razón de ser del a posteriori. Significantes que se dirigen a otro Otro en la 'persona del analista', cuerpo y mente, cuerpo trabajado intensamente por la palabra (en el mejor de los casos).

Lugar del analista "*aquel que se debe ofrecer vacante al deseo del paciente para que se realice como deseo del otro*" (Lacan, 1960-61).

Persona, palabra y cuerpo al servicio de una función, donde el cuerpo nunca es recubierto totalmente por la palabra.

"No solo del pan de la buena voluntad del Otro tiene que alimentarse el sujeto primitivo sino, aunque parezca imposible, del cuerpo de aquel que lo alimenta" (Lacan, 1960-61).

Sujeto dividido que asiste nuestra tarea, inmerso en el 'deseo del analista', que lo entiendo como una 'neo formación' que nos constituye y que se decanta en cada uno de nosotros a lo largo del análisis personal y la formación analítica. "*Neo formación que podemos asimilar a una formación del inconsciente en la medida en que no podemos manejarlo voluntariamente, sino que es desde su decantación que emerge la plasticidad de la posición del analista que se ofrece encarnadamente a ser el objeto causa de los desvelos del paciente, así como a propiciar la deconstrucción de la transferencia*" (M. Casas de Pereda, 2007).

La posición analítica implica un corrimiento de lugar (cuerpo y mente), en tanto rehúsa a 'co'-responder a la pulsión-deseo-demandas que emerge en el discurso del paciente, cosa que el mismo paciente ignora. Rehúsa en tanto la reconoce en el discurso del paciente y le da lugar. Ello hace a la distancia radical de un modo de relación intersubjetivo.

El no dar lugar a la realización de demandas, favorece la realización de la puesta en escena transferencial y el acto analítico tiene lugar. En el acto analítico se ‘iza’ lo real y se habilita un enlace, un nuevo lazo significante. Hay siempre una articulación por venir en la medida que **el analista priva a su paciente en tanto interpreta o se calla**, lo cual pone en escena un real que el analizando podrá articular en movimientos fantasmáticos donde circula su deseo. No olvidemos que lo que se ‘escribe’, pulsión mediante, es la cualidad de la experiencia de la pérdida. Siempre es un real el que cuenta en la simbolización que deja aparecer el predicado, sintomático o no, que el a posteriori realiza.

Lo verdadero del sujeto deseante (inconsciente), que se instala en el síntoma y la transferencia (dolor y goce) suele apuntar al modo en que se realizó la pérdida que dio cuenta de una escritura significante. Se sucede entonces el armado de las fantasías desiderativas que organizan el vivir sintomático.

El *non plus ultra* del lugar del analista es ese incesante trabajo sobre la castración simbólica que lo conduce al reconocimiento de sus posibilidades y sus límites, y ello concierne al análisis y reanálisis del analista.

No se trata de clivajes, desmentidas o escisiones, sino que se trata de un posicionamiento que se adquiere poco a poco y se integra a nuestra escucha de modo no totalmente consciente, en una habilitación progresiva de la disponibilidad para escuchar el deseo inconsciente del analizando o favorecer su puesta en escena.

Privación para el analista, como falta radical que habilita un duelo sostenido en la sublimación. Destino de pulsión, éste último (Freud, 1915) que nos proporciona la libido necesaria e imprescindible en nuestro quehacer. El analista no finge, deja que su atención flotante lo conduzca a algo de lo inconsciente que estuvo allí siempre en el analizando y que ahora despliega en su discurso.

Movilizaciones en la cadena significante, donde cada vez que surge un enlace se favorece la presencia del sujeto del inconsciente que eventualmente emerge en cualquiera de sus formaciones donde sueño, lapsus y acto fallido son acontecimientos privilegiados. No olvidemos que se necesita ese anclaje de la pulsión en el

significante psicoanalítico (M. Casas de Pereda, 2007), imagen, sensación, palabra, pues es lo que asegura la emergencia del deseo, por definición irrealizable.

La metáfora del ‘amor de transferencia’ nos introduce en nuestra tarea, pues transitamos con nuestra palabra entre los objetos de deseo constitutivos de lo sintomático del analizando y el lugar tercerizado de nuestra escucha. Tan imprescindible uno como el otro.

De la práctica y su especificidad

Solemos reiterar y enfatizar la especificidad del psicoanálisis que ha quedado como una suerte de frase hecha. Diría que a veces se vacía de sentidos en la medida en que se deslizan las fronteras entre el yo y la verdad o lo verdadero de lo inconsciente. Lo sintomático, que emerge en las diversas formas clínicas es solo la punta de un iceberg cuyas complejas y desconocidas bases se actualizan en la transferencia.

Cuando se habla de prácticas psicoanalíticas, debemos interrogarnos por el plural, pues si bien conduce a cuestionamientos válidos, debemos estar alertas a todo deslizamiento hacia técnicas de abordaje que estrictamente tienen que ver con el yo y la conciencia. Desde ya no cuestionamos dichos abordajes que resultan eficaces puntualmente, sino que mi preocupación es mantener nuestra posición analítica en el sendero del seguimiento, o mejor los atravesamientos de transferencia que nos ubican en la escena del dolor, del conflicto psíquico.

La especificidad del acto analítico nos enfrenta al desafío de las dificultades del sujeto en sufrimiento que no puede contactar con su yo más que a través de un saber que en realidad ancla en un ‘no sabido’, en el desconocimiento o en las construcciones, que como los síntomas, son sólo emergentes cuyas raíces, (en sus anudamientos significantes y construcción de fantasías), se actualizan en el acontecimiento pleno de afectos de la transferencia analítica.

A su vez, la singularidad regenta nuestra praxis, y reconocerlo ayuda a no crear sucesivas clasificaciones epistémicas.

Nuestra praxis articula diversas vicisitudes según los momentos de intensidad transferencial, como los momentos donde la desimbolización, imprescindible a una nueva articulación, produce angustia, incertidumbre, cierta vivencia de desorganización. Momentos de destitución subjetiva que preludian la emergencia de articulaciones significantes diferentes. Cuando esto sucede, solemos aportar elementos simbólicos que provienen de la historia del paciente, también de la historia analítica. Verdaderas perfusiones simbólicas, aportes significantes imprescindibles a momentos de desfallecimiento de la estructura.

La meta del deseo inconsciente en la transferencia se adosa al movimiento pulsional cuya meta no es sino rodear el objeto y hallar cierta satisfacción en la fuente.

Sin duda, el paciente se satisface de nuestra voz, de nuestra mirada, y también de nuestros índices menos reconocidos de fastidio o ternura. Satisfacción siempre parcial de ‘alimentarse’ de nuestras palabras que se hacen cuerpo ofrecido en transferencia, pero también del placer de expulsarnos.

Meandros de lo dual en transferencia que engloba la persona del analista. En ocasiones, dolorosas sin duda, en el pertinaz intento de tercerización, de soslayarnos del lugar de ese objeto, al que convergen amor y odio en exceso, nos sorprende la intensidad de nuestra impotencia ante el goce sistemático del dolor en el síntoma, devenido momento crucial en la transferencia.

La presencia del significante psicoanalítico, tal como lo concebimos de modo tripartito: icónico, indicial y simbólico, es deudor de la representación cosa freudiana, nombre que sustituye el de huella mnémica, y que en la medida de su encadenamiento hace aparecer un sujeto deseante que emerge entre las “*pasiones del yo*”², especialmente el amor que caracteriza el amor de

² Es Lacan (1953-54, p.394) quien señala que el yo no puede sino vivir tres pasiones, amor, odio e ignorancia. He propuesto que la ignorancia nombra una de las funciones propias del yo, cual es el desconocimiento, el no querer saber que utiliza la negación o la desmentida.

transferencia, que desde luego incluye el odio y la ignorancia.

El afecto, siempre solidario a los efectos de escritura, impregna el fantasma inconsciente, las fantasías, que son siempre relictos significantes de lo visto u oído (Freud). El 'yo historiador', como lo nombra Piera Aulagnier, responsable de las diferentes versiones que se producen a lo largo de la vida y de un análisis, construcción y deconstrucción, simbolizaciones y desimbolizaciones mediante³.

Nuestra escucha analítica no está dirigida solo al sentido que el yo pueda adjudicar cada vez, sino a ese movimiento de la cadena inconsciente donde el sujeto se debate en mantener su síntoma a la par de su necesidad de salir de él.

La puesta en escena del acto analítico concierne a la repetición pulsional, un *agieren* que involucra **repetición y producción**, enfatizando especialmente este último lado, el de la producción que implica la creación de lo diferente.

El sujeto del inconsciente nace tironeado entre los significantes y el objeto que se pierde para poder articular así con otro significante que resulta de la represión. Nunca igual a sí mismo, cada vez en el fantasma, en el síntoma, en el goce del mismo, abre un abanico de sentidos que propicia el encadenado significante. De esa variabilidad reiterándose, se nutre la transferencia.

Nuestro posicionamiento analítico nos ubica ante la escucha constante de sustitutos que debemos reconocer, pues siempre lidiamos con sustitutos de sustitutos de sentidos. Sustitución que no es aleatoria, al azar, sino que depende de lo reprimido y su retorno, convocados ambos en el acto analítico.

En 1961 Lacan da un paso más al proponer que el objeto al que apunta el deseo, no es sino un significante. Significante de otro primordial y su deseo inconsciente que señala momentos de fijaciones traumáticas, sintomáticas, actualizadas encarnadamente en transferencia. Es que la sustitución (metonimia, metáfora) no sería posible si no se tratara de significantes.

Y en esta dinámica de producción del inconsciente, en la

³ En M Casas de Pereda 2007, ejemplifico las diferentes versiones de un mismo sueño evocado por el paciente varios años mas tarde.

escena analítica, tropezamos con deseos infantiles cuya realización causa placer-displacer, conflicto psíquico y convoca a la represión y su retorno en la transferencia (puesta en escena). No debemos estacionarnos en un sentido dado sino atisbar de donde proviene y hacia donde se dirige. Estofa propia de la repetición, placentera en sí misma (Freud, 1920). Repetición que forma parte consustancial del acto analítico, donde alienación mediante, la transferencia conduce la marcha de las asociaciones. Es que el acto analítico es un ‘acontecimiento’⁴ cuyas raíces anclan en el cuerpo que lo ‘dice’, siempre inacabadamente, de forma parcial, y solo cobra sentido a expensas de su articulación en la cadena significante.

En esta trama de sustituto en sustituto, el analista queda integrado en la repetición, en una suerte de equivalencia, habilitando así la posibilidad de transformación de los afectos en juego y por ende lo que los sostiene a través del intercambio transferencial.

Todo ello implica una situación muy dinámica donde tantas veces nos resulta incierto el lugar que ocupamos en la transferencia del paciente. Se encienden los conflictos y los síntomas en la actualización de su historización subjetiva y convoca al analista en un **efecto de transferencia**. Este se presta a ubicarse como el otro imaginario de la historia sintomática del paciente alternando con Otro simbólico, tercerizando así toda relación de historia personal o de historia analítica (dentro del proceso analítico). Ubicarse, entonces, en estos espacios que pertenecen al paciente, implica reconocer el efecto de la transferencia en uno mismo y allí seguramente incide la sensibilidad de su escucha analítica configurada desde su análisis personal y la decantación de los diferentes esquemas referenciales transitados.

A veces, viene a nuestra mente el recuerdo de un sueño del paciente, que evocamos para refrendar la emergencia de significantes en una determinada articulación fantasmática.

⁴ He desarrollado este concepto introducido por Badiou (2000) en M. Casas de Pereda, 2007.

Verdadera “*Actualización icónica en búsqueda de un destino diferente. Rescate libidinal en acto de transferencia, que se vuelve índice para el analista, donde el acontecimiento de transferencia promueve nuevos índices que constituyen símbolo en el paciente*” (M. Casas de Pereda, 2007).

Nuestra tarea abductiva, verdadera tarea de investigación signada por el decurso de la transferencia, nos permite sostener que es ésta la *vía regia* de la investigación psicoanalítica que se da cada vez en cada psicoanálisis y que en el mejor de los casos conduce al reconocimiento, siempre parcial, de lo inconsciente. Reconocimiento de nuestros procesos implicados en los **efectos de la transferencia**. Reconocimiento que lejos de constituirse en interpretación inmediata, necesita de la ‘perlaboración’ para reubicarnos cada vez en torno al deseo inconsciente del paciente.

Y ello no es inmediato. Si en parte se trata de un reconocimiento subjetivo, no implica un encuentro de subjetividades sino la profunda y radical asimetría entre el discurso del paciente y el reconocimiento subjetivo que realiza el psicoanalista de los efectos de la transferencia. Por ello importa subrayar que no se trata de un encuentro intersubjetivo, sino de la utilización de una herramienta que se configura en cada uno de nosotros luego de muchos años de formación e instrumentación personal, afectiva e intelectual de la tarea.

Es que el analista no necesita haber comprendido o haber capturado ese supuesto fantasma fundamental⁵, sino permitirse escuchar lo que el deseo del sujeto en cuestión va delineando, en la persona del analista, el, los objetos de su deseo inconsciente que en su trayecto alternan idealizaciones con la gama de representaciones identificatorias diversas de su peripecia historizada.

El objeto idealizado, agalmático (yo ideal), es ubicado desde el principio en el analista y determina una apretada relación dual, especular y narcisista que es imprescindible **no ignorar, sino saber**

⁵ Pienso que el fantasma fundamental no es nunca uno sino una articulación fantasmática compleja que reúne lo sintomático desde las diversas modalidades pulsionales que confluyen con sentidos similares, oral, anal, mirada y voz.

utilizar. Trayecto que se dirige, en la medida del trabajo analítico necesario, hacia otro espacio subjetivo donde el deseo inconsciente de ese Otro pugna por ser develado; todo lo cual produce un enorme temor y diversos efectos que difieren según distintos momentos y distintas estructuras.

Deseo inconsciente del Otro que se vuelve el objeto del deseo inconsciente atrapado en su síntoma. Miedo, terror, a veces responsable de todo tipo de defensas, huidas, depresión salvadora, hipomanía, convicciones delirantes.

Muchas veces en el transcurso de un análisis en momentos de mucha angustia o dolor se vuelve necesario un tono o palabras de acompañamiento empático al estado de ánimo prevalente y que en la medida que el analista reconoce la necesidad de ese acercamiento afectivo no trastoca la marcha del encuentro. El riesgo es la satisfacción narcisista no consciente del analista en realizar tal modo de respuesta o de aproximación afectiva. Recordemos la frase del epígrafe.

De quedar atrapados en el objeto agalmático, que no es más que el *a* de lo sintomático, estaríamos favoreciendo una reverberación sin fin. El goce que retiene al significante en el síntoma y la transferencia, pelea por su subsistencia, y es allí donde el analista, en su respuesta, da lugar al campo de batalla, donde puede dirimirse un momento de vacilación subjetiva.

Es necesario subrayar la importancia del goce, que en parte remite al beneficio primario y secundario señalados por Freud, donde la muerte, el goce de la muerte es altamente significado en la estructura del síntoma.

Y es esto precisamente lo que nos interroga de modo acuciante acerca del modo en cada analista encarna las figuras ominosas que desencadenan represión, desmentida, forclusión... en su paciente.

Del 'cuerpo' del analista, y lo simbólico que lo habita, se desprende la voz, la mirada, la capacidad de contacto, que se van a constituir en objeto del deseo inconsciente del paciente en transferencia. Objetos de la pulsión que actualizan vivencias y fantasías con la posibilidad de resignificación

La voz, uno de los cuatro objetos de pulsión, cobra radical importancia en nuestra tarea. Voz, mirada, cuerpo trocado en significante de la presencia del analista y su incidencia en el trabajo de la transferencia.

“La voz es la carne del alma” dirá Mladen Dolar (2006), quien analiza la voz de un modo sorprendente y exhaustivo desde la lingüística, la filosofía, la ética y el psicoanálisis. *“La voz es la carne del alma”, “... y su materialidad no (es) erradicable, por la cual el alma nunca puede librarse del cuerpo, y ello depende de ese objeto interior que no es sino la huella imborrable de la exterioridad y de lo heterogéneo... el cuerpo nunca puede ser mas que un cuerpo truncado, escindido entre un interior y un exterior. La voz encarna la imposibilidad misma de la división y actúa como su operador”* (Ibid, p. 87).

Nuestro tono de voz, nuestras modulaciones, lo que elegimos **sin saber** al hablar, necesita estar subordinado al ‘deseo de analista’, dejando espacios abiertos sin obturarlo con sentidos inmediatos; es más, debemos ayudar a que permanezcan abiertos.

Del lado del analizando, importa pues, que ese objeto evanescente que constituye movimientos historizables de lo sintomático, aparezca en la transferencia analítica.

Las realizaciones vicariantes del deseo, al igual que en el trabajo del sueño, nos conducen a los fantasmas sintomáticos que habitan la historización subjetiva. Y nuestro discurso, al hablar o callar, hace presente, eventualmente para el paciente, un objeto que aparece con nuestra voz, que se presta a ser rodeado por la pulsión. Emergencia de pulsión y deseo, combinan, se asocian, se oponen, y se yuxtaponen a lo largo de la vía transferencial.

Nuestra tarea es hacer ingresar a la articulación significante, lo que la voz habilita, promoviendo articulaciones, desarticulaciones, simbolizaciones, desimbolizaciones, en articulaciones borromeas del significante, cada vez. De ahí que nuestra respuesta al amor, odio o negación debe ser todo lo cautelosa posible para que conduzca al significante significativo de lo sintomático; **del afecto al significante.**

Estamos inermes a la voz del otro desde que nacemos, donde

también la mirada acompaña ese decir sin saber del Otro de su propio deseo, del mismo modo que acontece con el modo en que se alimenta al hijo o la cualidad de la experiencia en la enseñanza de la entrega del don fecal. Actos, actitudes que emergen conducidas por el deseo inconsciente, siempre desconocido.

La escritura inconsciente depende de todas las modalidades de la pulsión en su encuentro desencuentro de la pulsión y el deseo del otro Otro.

El don de amor se configura desde todo lo sensible que se trasmite desde el cuerpo y que integra el significante psicoanalítico. Es desde la confluencia de distintos grados de valor en la pérdida del objeto, de cada uno de los cuatro, que surgen las manifestaciones sintomáticas subsidiarias de una compleja red de articulaciones significantes. Se trata del acontecimiento de escritura que hace la singularidad de cada sujeto.

Con el anudamiento borromeo icónico, indicial y simbólico del significante se hace presente el valor significativo del gesto, la mirada, lo dado a ver, a oír, donde lo perlocutorio e ilocutorio despliegan efectos y donde lo real hace nudo entre lo imaginario y lo simbólico.

De allí que cuando emergen formaciones del inconsciente en el discurso del analizando, como los lapsus o los sueños, estamos ante un momento privilegiado porque allí está convocado especialmente el analista (antes, durante, después).

Así, cuando emerge un lapsus, y el analista lo repite en un tono sugerente, por el mero hecho de la anunciación, en parte interrogante, produce sorpresa en la misma medida que cae un sentido nuevo, convocando la aceptación de lo reprimido (siempre dificultosa).

Se producen enlaces de vivencias o fantasías (lado inconsciente del discurso del analizado con nuevos índices del deseo del Otro) que eventualmente enlazan un real que se escabulle, dando lugar a un significante nuevo diferente del de su historia.

Ese algo de la voz, que se escapa a toda aprensión de sentido, es lo que habilita o genera un predicado de la experiencia del mismo modo como acontece con la mirada, con lo oral, con lo anal.

Favorecer la emergencia de un significante nuevo es posibilitar una **nueva articulación borromea** del significante. Lo icónico, como el pictograma, es un signo perceptivo que mediado por los índices del deseo parental inconsciente, actualizado en la búsqueda de índices del ‘deseo del analista’ vivido en la experiencia analítica (lugar simbólico tercerizado), da lugar eventualmente a un anudamiento simbólico diferente, un nuevo significante disponible para nuevas articulaciones en la cadena.

Los recursos que utilizamos para hacernos cargo de lo no sabido del analizando, en tanto acucian los no sentidos, y provoca desconcierto, son la estofa donde el reconocimiento de que no sabremos de lo verdadero, permite que nuestra voz transmita la calma imprescindible para esperar el devenir asociativo, que muchas veces es catalizada desde la repetición de una palabra del paciente en tono interrogativo, instándolo a proseguir. Todo ello no es sino el efecto de ese real esquivo, que si lo escuchamos como tal, puede promover nuevas articulaciones significantes.

La selección de significantes que privilegia la escucha del analista no es para nada aleatoria sino sutilmente perspicaz de los mecanismos defensivos del paciente, su dolor y su goce en el síntoma. Y eso es lo que ella persigue sin dar mucho lugar a los esquives del paciente coartándole en cierta medida la salida del lugar del punto de urgencia.

Situación que se reitera, como decíamos, en la actualización transferencial. Nada de esto es ajeno al analista, que vivió o vive su propio análisis. Represión y retorno de lo reprimido coexisten en el acto analítico y de eso sabemos encarnadamente, en carne propia.

Resumen

De la Práctica. La Transferencia y sus Efectos

Myrta Casas de Pereda

Se trata de reflexiones sobre los elementos que constituyen la práctica analítica: desarticulación y articulación entre

significantes que se dirigen a otro-Otro en la persona del analista. La singularidad cada vez de la transferencia y los **efectos de transferencia** en el analista convocan el 'deseo del analista'.

El analista, persona, palabra y cuerpo al servicio de una función donde está implicada la renuncia narcisista que se decanta desde el análisis personal. Privación, que habilita un duelo sostenido en la sublimación, que nos proporciona la libido necesaria a nuestro quehacer. Trabajo sobre el narcisismo, que señala una continua tarea sobre la castración simbólica.

Se analizan diversas vicisitudes de la práctica donde dichos efectos transferenciales, lejos de constituirse en interpretación inmediata, reclaman su perlaboración para reubicarnos ante el deseo inconsciente del paciente. No se trata de un encuentro intersubjetivo, sino de la utilización de una herramienta que se configura en cada uno de nosotros (el deseo del analista).

A su vez, en el analizando, lo verdadero del sujeto deseante, que se instala en el síntoma y la transferencia, apunta al modo en que se realizó la pérdida que dio cuenta de la escritura significativa y su organización sintomática. Se actualizan, se incendian los conflictos en el ámbito transferencial, efecto de la repetición, donde desimbolización y simbolización alternan espacios de producción, reproducción y destitución subjetiva que preludian la emergencia de nuevas articulaciones significantes.

El analista integrado en la repetición, en una suerte de equivalencia, habilita la posibilidad de la transformación de los afectos en juego y lo que los sostiene. Trabajo de lo dual en transferencia que engloba la persona del analista, donde convergen amor y odio en exceso donde es imprescindible no ignorar, sino saber utilizar.

Del 'cuerpo del analista' y lo simbólico que lo habita se desprende la voz, la mirada, la capacidad de contacto, que se van a constituir en objeto del deseo inconsciente del paciente en transferencia.

Se realizan consideraciones en torno a la importancia de la voz, pues se hace presente para el paciente un objeto que aparece con la voz y que se presta a ser rodeado por la pulsión.

Summary

On the practice. Transference and its effects.

Myrta Casas de Pereda

The paper expresses a series of reflections on the elements which constitute analytic practice: disarticulation and articulation among signifiers which address an other-Other in the person of the analyst. The uniqueness of each vicissitude of the transference and the **effects of transference** in the analyst conjure up 'the wish of the analyst'.

The analyst, person, word and body at the service of a function which implies narcissistic renunciation, decanted from personal analysis. Privation, which enables a process of mourning sustained in sublimation, which provides us with the libido needed for our activity. Work on narcissism which indicates a continuous task on symbolic castration.

Different vicissitudes of the practice are analyzed, where such transference effects, far from constituting themselves in an immediate interpretation, claim for our working through them so that we can find our position again in the face of the unconscious wish of the patient. It is not an intersubjective encounter, but rather the use of a tool which takes shape in every one of us (the wish of the analyst).

In turn, in the analysand, the true aspect of the wishing subject, which settles in the symptom and in the transference, points to the way in which the loss that accounts for the signifying inscription and its symptomatic organization actually took place. Conflicts are actualized; they burn in the transference, as an effect of repetition, where desymbolization and symbolization alternate spaces of production, reproduction and subjective removal which are a prelude to the emergence of new signifying articulations.

The analyst, who is integrated into the repetition, in a form of equivalence, promotes the possibility of a transformation of the affects in play and of what sustains them. Work of the dual in transference which embraces the person of the analyst, where excessive love and hate converge and where it is essential not to

ignore, but rather to know how to use this.

Out of 'the body of the analyst' and the symbolic which inhabits this body, come the voice, the gaze, the capacity for contact, which will constitute themselves as the object of the unconscious wish of the patient in transference. The importance of the voice is considered, since it brings an object with it, which offers itself to be surrounded by the drive in the presence of the patient.

**Descriptores: TRANSFERENCIA / ACTO / DESEO
DEL ANALISTA /**

Autores-tema: Lacan, Jacques

Bibliografía

- BADIOU A. (2000) - Revista Acontecimiento 2000, N°. 12.
- CASAS DE PEREDA, M. (1983) Representar, representaciones, el escenario infantil. En: *El juego en psicoanálisis de niños*, Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis, Vol.1, Montevideo, Uruguay, 1986.
- _____ (1999) *En el camino de la simbolización. Producción del sujeto psíquico*. Paidós, Buenos Aires, 1999.
- _____ (2007) *Sujeto en escena. El significante psicoanalítico*. Isadora Ediciones, Montevideo, 2007.
- FREUD, S. (1900) *La interpretación de los sueños*, en Obras Completas Tomo IV-V, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1915) *Pulsiones y destinos de pulsión*, en Obras Completas Tomo XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1920) *Mas allá del principio del placer*. Obras Completas Tomo XXIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- LACAN, J. (1953-54) *Seminario 1, Los escritos técnicos de Freud*.

Editorial Paidós.

_____ (1960-61) Seminario 8, *La transferencia*. Paidós, Buenos Aires, 2003.

_____ (1962-63) *Seminario 10, La angustia*, Paidós Buenos Aires, 2006.

_____ (1964-65) Seminario 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barral Editores, Barcelona, 1977.

_____ (1967) - *Proposición del 9 de octubre de 1967*. No editado

_____ (1967-68) *Seminario 15, El acto psicoanalítico*. No editado.

MLADEN, D. (2006) *Una voz y nada mas*. Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2007.

LE GAUFEY, G. (2001) *Anatomía de la tercera persona*. Edelp S.A, Buenos Aires, 2001.

NASIO, J. D. (1994) *El inconsciente es un nudo entre analista y paciente*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.

SCIARRETA (1988) *Praxis psicoanalítica*, Revista APA, pág. 9.